



Barquisimeto, 1951. Ph.D. en Estudios Estratégicos,
King's College, Universidad de Londres.
Profesor Titular de la Universidad Simón Bolívar.
Sus libros más recientes son: *Estudios de filosofía política* (1998);
Disolución y pronóstico político (1997)
y *Decadencia y crisis de la democracia* (1994).

Pesimismo que alimentan

El estudio de un estado de espíritu

La crisis en el alma nacional

La independencia como tragedia

La Venezuela estéril

¿Las ilusiones perdidas?

El nuevo siglo mesiánico

Bibliografía

LA HISTORIA INTELLECTUAL de la Venezuela independiente ha estado predominantemente signada por la marca del pesimismo. Pesimismo acerca de nuestras potencialidades como pueblo; sobre nuestra capacidad para construir una nación unida, próspera y estable; y también en torno a la verdadera posibilidad que tenemos de vivir bajo un régimen democrático y respetuoso de la libertad.



El estudio de un estado de espíritu

Las primeras e inequívocas huellas de ese pesimismo se encuentran en los escritos de Bolívar, muy especialmente en el *Discurso de Angostura*, que con razón ha sido calificado por uno de nuestros historiadores como un juicio al federalismo y al pueblo (Carrera Damas, 1975: 147). En ese denso y complejo texto político, Bolívar no duda en referirse a la situación que entonces caracterizaba a los venezolanos, como la de un “pueblo pervertido” (Bolívar, 1981: 97). De ningún modo distorsionaríamos su discurso, si le interpretásemos como un esfuerzo orientado a persuadir a los legisladores allí reunidos, que los venezolanos no estábamos preparados para vivir en democracia, ya que —en sus palabras—, “Nuestros débiles conciudadanos” tendrían que “enrobustecer su espíritu mucho”, antes que lograsen digerir “el saludable nutritivo de la Libertad” (Bolívar, 1981: 98). El Libertador, no obstante, no explicó cuánto tiempo sería necesario, a su manera de ver, para lograr tal fortalecimiento espiritual. Tampoco se hizo la pregunta: ¿cómo puede un pueblo aprender a ser libre sin vivir en libertad?

A pesar de estos antecedentes, poco estimulantes para nuestras perspectivas como nación de hombres y mujeres libres, no deja de llamar la atención, por ejemplo, que una destacada investigadora de nuestro proceso sociopolítico todavía plantee como inevitable, 175 años después que Bolívar, indagar la posibilidad de que la democracia no sea un régimen viable para nuestra sociedad (Pérez-Schael, 1995: 26). ¡Casi dos siglos no han sido suficientes para concedernos un mínimo de seguridad acerca de nuestra solidez espiritual como demócratas!

Es bastante probable que esa convicción pesimista no sea exclusiva de nuestra particular historia intelectual. Mas resalta su presencia en Venezuela, con uno que otro altibajo, a todo lo largo de nuestra existencia independiente. Conviene sin embargo distinguir entre, de un lado, esa visión pesimista sobre nuestras posibili-

dades de construir un orden democrático-liberal, y, del otro lado, la percepción según la cual el país ha fracasado.

La distinción tiene cabida en vista de que, al menos uno de nuestros más notables intelectuales, Laureano Vallenilla Lanz, estuvo en su momento persuadido de que carecía de sentido para Venezuela plantearse como objetivo la creación de un orden democrático-liberal, ya que el mismo se encuentra, presuntamente, más allá de nuestro alcance, y en todo caso no armoniza con nuestra manera de ser. Lo que, de acuerdo con Vallenilla Lanz, cabía hacer en el país, no era otra cosa que asumir

*Si no era
la modernidad
nuestro destino,
¿cuál es entonces?*

la constitución orgánica que nos corresponde, pues como afirmó una vez, “todo pueblo se gobierna con la idiosincrasia” (Citado en Plaza, 1996: 353). La adopción de esa constitución orgánica de naturaleza autoritaria, lejos de ser un síntoma de fracaso, se presentaba a Vallenilla como un verdadero triunfo, como una victoria de la sensatez política sobre las ensoñaciones de espíritus adolescentes, carentes de sentido práctico y criterio científico acerca de las fuerzas que mueven la historia de los pueblos.

La figura de Vallenilla Lanz tiene gran relevancia en nuestro panorama intelectual, tanto por el contenido de sus planteamientos, caracterizados por una franqueza poco usual en nuestro medio, así como por la naturaleza del debate que suscitaron. En cuanto a lo primero, importa hacer notar que Vallenilla desarrolló una bien hilvanada argumentación a favor de su tesis del “Gendarme Necesario”, como fórmula política supuestamente ajustada a las condiciones propias de una sociedad con los rasgos de la venezolana (Vallenilla Lanz, 1990).

Sus ideas contrastaban acentuadamente con las de otros positivistas venezolanos, que procuraban, a la manera de Bolívar, salvaguardar en teoría los valores y principios abstractos de la democracia y el liberalismo, aunque a la vez sostenían que los mismos, y por los momentos, no se adecuaban a las circunstancias del desarrollo histórico del país.

Sus ideas contrastaban acentuadamente con las de otros positivistas venezolanos, que procuraban, a la manera de Bolívar, salvaguardar en teoría los valores y principios abstractos de la democracia y el liberalismo, aunque a la vez sostenían que los mismos, y por los momentos, no se adecuaban a las circunstancias del desarrollo histórico del país.

Autores como Pedro Manuel Arcaya y José Gil Fortoul, entre otros, consideraban que el régimen de Juan Vicente Gómez era el que convenía a Venezuela en esa coyuntura, pues se hallaba en vías de modernizar a la nación, y de crear el contexto dentro del cual, en un futuro, pudiese surgir la democracia entre nosotros. En tal sentido las ideas de estos hombres coincidían con la opción esbozada por Bolívar en sus textos políticos, que era un compuesto de dos elementos. En primer término, la afirmación de que el país no estaba maduro para la democracia; y en segundo lugar, la propuesta de instituciones políticas tutelares y autoritarias, que preservasen la paz y la estabilidad en cuyo marco, gradualmente, germinarían las semillas de una sociedad más libre.

A diferencia de todos ellos, Vallenilla Lanz rompió de manera decisiva con los valores de la democracia liberal (Plaza, 1996: 474). Sus simpatías políticas por Mussolini y Franco, y su exaltación de la idiosincrasia de un pueblo como sustento inexorable de su proyección política, acercan su pensamiento al de otros teóricos que

en los años veinte y treinta del siglo, pugnaban en Europa contra la herencia democratizadora de la ilustración francesa y del liberalismo de origen anglosajón. Me refiero, por ejemplo, a Carl Schmitt (Romero, 1998: 35-82). La ruptura radical de Vallenilla Lanz con la visión democrático-liberal, dio origen a las muy agrias controversias que le rodearon siempre, como intelectual y como figura política.

El aspecto que más interesa de ese debate para nuestros efectos, tiene que ver con la distinción que hacían algunos críticos entre, por una parte, el contenido objetivo y posible validez científica de los planteamientos de Vallenilla, y por otra parte, la inconveniencia de concepciones que rasgaban, por decirlo así, el velo de engaños del liberalismo venezolano, mostrándonos, con una crudeza descarnada e insoportable, la dura realidad de nuestras características sociológicas y psicológicas, poco aptas para el ejercicio de la democracia liberal. Es particularmente revelador un documento anónimo, que fue remitido a Vallenilla Lanz por un adversario ideológico en 1921, en el cual este último le reclamaba haber “roto con todos los antecedentes de idealismos que salvan a los pueblos”, tratando “con el más profundo desprecio las ideas [y] las ilusiones... de que se han venido alimentando nuestros pueblos en medio de sus desgracias y sus miserias”. El autor del anónimo confesaba que había arrojado muchas veces al suelo su ejemplar de *Cesarismo democrático*, sólo para recogerlo de nuevo y sentir “rabia, odio contra mí mismo cuando me he sorprendido diciendo: ¡Tiene razón!” (Citado en Plaza, 1996: 461).

El breve recuento de esta polémica apunta hacia una crucial constatación: la tradición pesimista en nuestra historia intelectual no es homogénea. La misma contiene aspectos y matices que es indispensable diferenciar. Para Bolívar y otros autores posteriores que se han inspirado en su pensamiento, el pesimismo sobre nuestra condición y la presunción acerca del “fracaso” (me refiero a nuestro fracaso en la tarea de construir una nación en la que imperen de manera estable y sólida la democracia, la libertad, y una extendida prosperidad material), son temporales, y susceptibles de superación a través de un proceso de maduración paulatino. Para Vallenilla Lanz, por el contrario, no hubo tal fracaso sino durante el período –siglo XIX–, cuando los venezolanos nos empeñamos en soñar con repúblicas aéreas, que la realidad derribaba a cada paso. El régimen de Gómez constituía ante sus ojos una superación de ese fracaso, al ajustar las aspiraciones con la realidad de las cosas.

Hecha esta aclaratoria en torno al pensamiento de Vallenilla Lanz, me propongo dar cuenta de la continuidad de una tradición pesimista en la reflexión sobre el país, entre la intelectualidad de nuestro siglo XX, señalando sus peculiaridades y características dominantes. Procuraré elucidar la naturaleza de la convicción sobre el fracaso nacional en la obra de varios pensadores, que ponen de manifiesto en sus escritos una condición venezolana hondamente sellada por un destino de desarraigo y frustración. Me ocuparé también de comentar una línea de reflexión diferente, que encarna una interpretación menos desesperanzadora sobre nuestro

decurso sociopolítico, planteamiento que ha sido sin embargo sometido a muy afortunadas pruebas, a raíz de los eventos que han sacudido al país y su obviamente frágil democracia, a partir de 1989. La escogencia de determinados autores, a quienes prestaré la mayor atención en estas páginas, se sustentará únicamente en la calidad de sus aportes, sin por ello menoscabar los de otros, que también están reflexionando con lucidez y coraje cívico en esta Venezuela de fin de siglo.

Nuestro análisis mostrará, entre otros puntos, que la discusión sobre nuestra sociedad y su destino histórico, continúa enmarcada en los parámetros democrático-liberales, considerados como un rumbo ideal, y nadie sugiere, al menos explícitamente, que opciones no-democráticas sean las más apropiadas y recomendables para el país. En la Venezuela de hoy, todos nos proclamamos demócratas, aunque no pocos actúen de modo escasamente democrático. A la manera del corresponsal anónimo que escribía en 1921 al autor de *Cesarismo democrático*, mantenemos a buen recaudo los principios teóricos, y con no poca frecuencia sucumbimos ante las realidades del poder.

Ningún pensador de la talla de un Vallenilla Lanz enturbia en estos tiempos el firmamento de nuestra buena conciencia liberal, a pesar de que los hechos cotidianos indiquen, a todas luces, que nuestras convicciones y realizaciones democráticas son precarias. Los pesimistas se alarman o resignan ante los evidentes síntomas de un renacer del militarismo, y los que apuestan al optimismo, procuran seguir viendo en nuestra historia una marcha hacia la democracia, marcha que experimenta a diario nuevos embates. Pero nadie propone con alguna sistematicidad otra salida, o porque no la creemos factible, o porque la consideramos indeseable, o porque no nos atrevemos a señalarla. ¿Será acaso este pudor democrático un signo positivo hacia el futuro?

El recorrido que haré a través de nuestro horizonte intelectual del siglo XX permitirá una indagación en torno a preguntas como éstas: ¿Dónde nos hallamos como sociedad en la aurora del siglo? ¿Qué luces arroja el análisis de los autores que abordaremos sobre nuestra situación y perspectivas? ¿Hemos logrado el objetivo proclamado por nuestra tradición liberal-democrática, o hemos fracasado en el intento? Si es que hemos fracasado, ¿a qué se debe ese resultado? ¿Es que acaso se trata de un objetivo ilusorio, o sólo debemos entender que el mismo requiere un proceso preparatorio que no hemos sabido completar?

La crisis en el alma nacional

Fue Mariano Picón Salas quien afirmó que Venezuela ingresó al siglo XX al morir Juan Vicente Gómez, con treinta y cinco años de atraso. La ausencia definitiva del caudillo tachirenses pareció abrir un horizonte de esperanza a un país que, además de respirar nuevo oxígeno político, comenzaba a sentir con creciente intensidad el impacto del factor petrolero en la sociedad y la economía. En el plano intelectual, no obstante, varios de los más lúcidos pensadores de la Venezuela que

empieza a andar en ese tiempo, desarrollan una línea de reflexión hondamente pesimista sobre nuestras perspectivas. Cuando se pretende lo contrario, como ocurre con Augusto Mijares, la opción optimista es conquistada sólo a costa de lo que en ocasiones se percibe como una forzada miopía histórica.

Dijo a su vez Henry Kissinger que la historia enseña por analogía, no por identidad (Kissinger, 1973: 172). No hay dos procesos sociopolíticos que sean idénticos en distintas épocas; sin embargo, entre algunos se manifiestan similitudes que muchas veces son fuente de enseñanzas. Viene a cuento en tal sentido, y con relación a la Venezuela del siglo XX, la realidad española del siglo XVII. En ese entonces, una nación que se perfilaba a ojos del mundo como un gran imperio, se vio sumida en un borrascoso clima espiritual de decadencia. La conquista de América había dado a España enormes territorios de ultramar, mas ya al final del siglo XVI, y a lo largo del XVII, ofrecía el poco edificante espectáculo de una sociedad que dependía del extranjero, no solamente para sus bienes manufacturados, sino también para su suministro de alimentos, en tanto que su población se hacía ociosa o enfocaba sus energías hacia actividades económicamente improductivas (Elliott, 1992: 231).

Los hombres de pensamiento en la España de la época, focalizaron su reflexión en torno a la temática de la “decadencia”, persuadidos de que, en los términos empleados por el Conde de Gondomar en una carta de 1625, “el buque (de España) se va a fondo”. La sensación de decadencia permeaba a la sociedad en su conjunto; pero, ¿se trataba de una percepción acertada? Los indicadores de declinación nacional son en sí mismos un producto cultural; las sociedades establecen sus objetivos, y evalúan sus fracasos y logros, de acuerdo con sus propios valores y preconcepciones y aquéllos de sus vecinos y rivales (Elliott, 1992: 215). Existe además una intrincada relación entre los eventos y la percepción que de los mismos se tiene, y corresponde a los intelectuales la misión de expresar y dar coherencia al clima espiritual predominante en sus sociedades, en distintas coyunturas históricas.

La Venezuela que echó a andar en 1936 estaba lejos de ser un imperio; se trataba de un país al que —con tino— Picón Salas calificó como de “recogida frugalidad” (Picón Salas, 1959: 28). Era también una nación que se asomaba con perceptibles bríos a la modernidad. Resulta por ello de sumo interés comprobar que autores como el propio Mariano Picón Salas, Mario Briceño Iragorry y Arturo Uslar Pietri, escribiendo en esa Venezuela que aparentemente asistía al alba de tiempos mejores, no observaron el proceso que se desplegaba ante sus ojos con la robusta confianza de quien contempla los indicios de una etapa creadora, sino con una mezcla de inquietud, desazón y sospecha, alimentadas por una oscura angustia acerca del destino de la sociedad en que vivían. El tema de la decadencia, no el del progreso, absorbe las conciencias de estos intelectuales, y recorre dolorosamente sus escritos.

*De allí nuestra perenne
angustia por forjarnos
una identidad,
nuestro desasosiego
espiritual...originado
por la necesidad
de “proveerse
de un nuevo padre”.*

Cuatro cuestiones esenciales les atormentaban. En primer término, la influencia que el peso de nuestra “trágica historia” (Picón Salas, 1940: 6) seguía ejerciendo sobre el presente y el futuro. En segundo lugar, la desconfianza hacia el pueblo venezolano, “devoto de lo mágico” (Uslar Pietri, 1953: 854), un pueblo “mágico, más que lógico” (Picón Salas, 1940: 9), un pueblo que, en síntesis, “no es pueblo” (Briceño Iragorry, 1980: 32). En tercer término, la aprehensión con relación a los efectos que el petróleo estaba produciendo sobre la sociedad, desatando en la misma “bajos instintos orgiásticos” (Briceño Iragorry, 1980: 28), debido a la “maleza oscura de

*La crisis se hallaba,
por encima de todo,
en el alma nacional.*

nuestra ignorancia y nuestra desidia” (Picón Salas, 1940: 59), y generando un “avasallador riesgo mortal” (Uslar Pietri, 1953: 1.259). Por último, les descorazonaba la ausencia de élites en el país, de grupos cohesionados, lúcidos, y virtuosos, capaces de sacar adelante nuestra “nación fingida” (Uslar Pietri, 1953: 1.281; Briceño Iragorry, 1980: 75; Picón Salas, 1940: 11-12).

En resumen, para estos hombres, que en ese tiempo redactaron algunos de los más leídos e influyentes ensayos de interpretación sobre nuestra historia, la condición de la Venezuela que emergía a un nuevo período, que dejaba atrás el gomecismo, que recibía como un don del cielo el maná petrolero, y realizaba profundos cambios democratizadores en lo político y socioeconómico, no era otra que *la crisis*, una caracterización que ha sido “un tema permanente entre nosotros” (Briceño Iragorry, 1980: 31). Pero, ¿se trataba de una crisis orientada hacia la superación de nuestros males, o hacia su ahondamiento? Las respuestas que en diversos momentos dieron a esa pregunta los autores mencionados, terminan siendo ambiguas. Interesa no obstante señalar que aun autores que presentan una evaluación bastante menos oscura de esa época venezolana, del período que se extiende entre 1936 y 1958, seguían viendo al petróleo como villano del drama, ya que éste suscitaba una riqueza fácil y “corrosiva” (Betancourt, 1956: 755, 761; 1959: 210).

En lo fundamental, el tono predominante entre la intelectualidad era de un profundo pesimismo. La crisis se hallaba, por encima de todo, en el alma nacional. Por un lado –y como apunté previamente– actuaba sobre esos espíritus el fantasma de una historia que, desde el propio momento de la independencia, transcurría “en el azar sin orden de una sociedad violenta” (Picón Salas, 1940: 37). Por otro lado, asumían una visión enfáticamente negativa sobre nuestra condición como pueblo, un pueblo carente de la “densidad social requerida para el ascenso a nación” (Briceño Iragorry, 1980: 40); un pueblo enfermo, ya que “una corriente de sangre impura circula por nuestras venas” (Picón Salas, 1959: 56). Se sumaba a todo ello una perspectiva ambivalente con respecto al petróleo y su papel en la vida del país; un petróleo que, a la vez de significar un grave problema, a consecuencia de sus efectos distorsionadores sobre una economía y una sociedad atrasadas, representaba también –y paradójicamente– la solución: “Porque si de él [...] surgen los males, de él tan sólo, por medio de la inteligencia y de la voluntad colectivas, podrían venir

los mayores bienes” (Uslar Pietri, 1953: 1.297). La ausencia de grupos de vanguardia, con las luces y virtudes requeridas para encaminar la nación hacia un destino superior, era finalmente sentida como otra falla clave.

De este sombrío panorama se salvaba, a la manera de saldo positivo de nuestra historia, el igualitarismo político y social (Picón Salas, 1940: 80; Uslar Pietri, 1953: 854), aunque la conclusión global hubiese sido concisamente expuesta por Briceño Iragorry en estos términos: “no hemos hecho sino sustituir un fracaso por otro fracaso” (1980: 40).

Contrastó con esta visión de las cosas, el aporte de Augusto Mijares, quien con encomiable vocación patriótica, pero tal vez no siempre con la necesaria objetividad, llevó a cabo en sus escritos una dura lucha para sostener que “El caudillismo no puede [...] considerarse sino como un sub-producto funesto de la lucha emancipadora, un accidente histórico dentro de nuestra verdadera realidad fundamental, que es [la] tradición de la sociedad civil”. (Mijares, 1952: 62). Es difícil, a la luz de los crudos hechos, admitir la evaluación que hizo Mijares de nuestro acontecer sociopolítico. Acertó, sin embargo, al señalar que “la historia de nuestros crímenes políticos es también, por el anverso, la historia de [la] lucha heroica de nuestra tradición cívica contra el predominio del gendarme” (1952: 201). Al igual que Carrera Damas en nuestros días, Mijares quiso, a toda costa, ver una historia venezolana “en línea ascendente” (Mijares, 1967: 197).

¿Cuál era, a fin de cuentas, la imagen de país que estos hombres anhelaban? No es fácil precisarlo. Sin duda, el elemento republicano era esencial. Se aspiraba también a la democracia, aunque había diferencias en cuanto al método para lograrla. Si algo les acercaba, ello era el acuerdo en torno a la nebulosa consigna de “sembrar el petróleo”, pero al respecto existían posiciones divergentes. Los mayores contrastes se observan entre las propuestas de Uslar Pietri y Rómulo Betancourt, y se trata de diferencias que han tenido notoria significación en los debates teóricos de la Venezuela moderna. Sobre esa famosa consigna cabe aclarar un punto: la misma ha implicado siempre el objetivo de explotar el petróleo para escapar del petróleo, el propósito de usarlo para huir del mismo. En palabras de Uslar, se trataba de realizar el reemplazo de riqueza petrolera por riqueza manufacturera y agrícola; de materializar el cambio del petróleo por cosechas y fábricas, ya que el oro negro es dinero, pero no riqueza permanente capaz de producir crecimiento verdadero. Este último sólo puede ser distinto e independiente del petróleo (1953: 1.265, 1.267; 1989: 164).

Betancourt coincidía en ese punto; de allí que dedicase buena parte de su obra fundamental a justificar el trienio 1945-1948, ya que durante esa etapa, nos dice, *se sembró el petróleo* (Betancourt, 1956: 287). Había sin embargo un desacuerdo clave, de extraordinaria trascendencia para comprender la discusión político-económica estas pasadas décadas: Uslar proponía que el ingreso petrolero, que era bastardo en su origen (no generado por el trabajo productivo de la sociedad), fuese legitima-

do en su destino, convirtiéndole íntegramente en inversión productiva. Esto requería un sacrificio nacional temporal, mediante la abstención colectiva de ese flujo de dinero gratuito que el comercio internacional nos concede (Baptista, 1989: 134), creando así los pilares de una economía no-dependiente del oro negro (Uslar Pietri, 1953: 1.366; 1968: 9, 18; 1994: 88). Lo que Uslar, en contraposición a Betancourt, no entendió (y tampoco, más adelante, J. P. Pérez Alfonzo (1960: 38), fue lo siguiente: esa abstención colectiva, como propuesta política práctica, era un objetivo imposible de lograr en condiciones democráticas, en razón de los imperativos de una sociedad en vías de modernización que –en palabras de Betancourt–, se hallaba acosada por “innumerables problemas exigidores de soluciones ya inaplazables por más tiempo” (Betancourt, 1956: 287). La postergación de esas necesidades –repito: como propuesta política práctica–, sólo podía llevarse a cabo bajo condiciones políticas diferentes, dentro de un esquema de dominación tutelar como el que, posiblemente, Uslar quiso ejercer durante el período medinista, como lo sugieren los personajes de dos de sus menos conocidas obras literarias, marcadamente autobiográficas (Uslar Pietri: 1962 y 1964).

Lo cierto es que, frente a la versión uslarista de la “siembra”, que de hecho aspiraba *privatizar* la propiedad petrolera (Baptista y Mommer, 1987: 40-43), Betancourt propuso la versión populista, orientada no solamente hacia la creación de una base industrial y agrícola, sino también, y prioritariamente, hacia la distribución popular de la renta y su absorción consuntiva. Ahora bien, y aunque parezca paradójico, entre 1940 y 1982, alrededor del 70 por ciento del ingreso petrolero se destinó a la inversión, ¡sin que se incluya en esa cifra lo gastado en esos cuarenta años en capital humano! (Baptista, 1989: 135). Esta realidad fue parcialmente admitida por Uslar Pietri en un texto posterior a los ya citados, mas haciendo la salvedad –según su punto de vista– de que la mayor parte de los recursos “se lanzó a manos llenas a todas las formas imaginables del consumo improductivo y del hedonismo” (1989b: 155-156).

Cabe entonces destacar lo siguiente: la idea de transformar el dinero petrolero en inversión se llevó a cabo. A partir de 1940 y hasta el presente, el petróleo fue “sembrado”, aunque no exactamente en el sentido ansiado por Uslar Pietri. Esa siembra, que por décadas contribuyó a cambiar la faz del país, modernizándolo en muchos sentidos, ha arrojado finalmente resultados que la sociedad percibe como seriamente insatisfactorios. ¿Qué pasó? La detallada indagación de esta interrogante violentaría los límites del presente ensayo. Baste indicar que, tal vez, y sencillamente, “hay en una economía [...] capitalista-rentista, razones de estructura que imposibilitan de suyo la reproducción plena de las inversiones financiadas por el ingreso que es renta” (Baptista, 1989: 136). Quizás el país se “intoxicó”, debido a la limitada capacidad de absorción de capital de nuestra economía (Romero: 1996: 50-75; Pérez Alfonzo, 1971: 18-9, 1976: 238), y como admitió el propio Uslar: “no era posible dar el salto sobre el tiempo y sobre la madurez” (Us-

lar Pietri, 1989a: 110). En cualquier caso, el largo proceso de siembra del petróleo, deja como legado a fines de siglo un amargo sinsabor entre los venezolanos, la idea muy extendida de que el país ha sido saqueado (Ugalde, 1994: 30), y una incultable sensación de fracaso, patentizado en la gigantesca desproporción entre la renta percibida y gastada y el desarrollo real de la economía y la sociedad venezolanas, hoy acosadas por la recesión y el empobrecimiento acelerado de las mayorías (Baptista y Mommer, 1987: 197).

Esa sensación de fracaso encuentra elaborada arquitectura en la reflexión de algunos de nuestros más destacados intelectuales de este fin de siglo, y para mostrar su testimonio, abordaremos sucesivamente las obras de Ángel Bernardo Viso, María Sol Pérez Schael, y Germán Carrera Damas, por considerar que ofrecen una especie de síntesis creativa de nuestro actual panorama de ideas.

*“La impronta dejada
para la historia
por el pacto de Punto
Fijo, fue la definitiva
y absoluta exclusión
del ciudadano
de la vida política”*

La independencia como tragedia

El Renacimiento fue la primera época en la historia de Occidente que eligió libremente un pasado. Elegir el propio pasado implica que los pueblos de una época determinada seleccionan de la historia y sus mitos, aquello con que encuentran afinidad, sea ésta positiva o negativa. El contenido de la elección no es arbitrario. Depende de cierta semejanza objetiva de la situación, o al menos de que en su interpretación moderna el tiempo pasado se torne parecido al presente (Heller, 1994: 93-94). Estas aseveraciones se aplican sólo parcialmente al caso venezolano. Es evidente que hemos escogido la época de la independencia de España como el paradigma de nuestra historia; mas es obvio también que esa gesta, en tantos aspectos heroica, no armoniza con el tenor espiritual de buena parte de nuestra evolución posterior, bastante distanciado de fervores creativos, a pesar de que recurrentemente los líderes de turno anuncien el inicio de una segunda o tercera “independencia” para el país. En ese orden de ideas, Uslar Pietri señaló en una charla de 1995 que es posible que el culto a la independencia tenga mucho que ver con la sensación de fracaso que hemos experimentado en los hechos posteriores, pues no hemos sido capaces, luego de ese momento singular, de encontrar una empresa nacional que logre motivarnos de igual forma (Uslar Pietri, 1995: 124).

La democracia surgida en 1958 quiso ser vista por muchos como un nuevo comienzo para Venezuela, como un paso adelante que iría eventualmente a satisfacer la sed de estabilidad, prosperidad y solidez cívica reiteradamente planteadas en nuestra historia, y sistemáticamente frustradas por el curso de los eventos. Pero la ilusión no duró demasiado, y si uno concede credibilidad a lo que innumerables analistas han venido diciendo durante buena parte de los más de cuarenta años transcurridos desde entonces, se ve obligado a concluir que nuestra democracia ha vivido una crisis perpetua (Romero, 1997: 7-36). Sin duda, la tradición pesimista y el estado de espíritu desencantado, cuyas huellas he venido trazando en

estas páginas, lejos de atenuarse o cesar se han intensificado, y un importante grupo representativo de la intelectualidad venezolana culmina el siglo sumido en desalentadoras percepciones y melancólicos pronósticos sobre nuestro incierto devenir.

A diferencia de la casi totalidad de los que se han ocupado de reflexionar sobre nuestra historia y su posible sentido, Ángel Bernardo Viso ha desplegado una implacable argumentación que se sustenta en la interpretación de la independencia como una verdadera tragedia, y la causante directa, en la medida en que exista una

causalidad histórica, de nuestra actual –en sus palabras– “pobre realidad”. Según Viso, la independencia fue una tragedia por el modo en que ocurrió, al originar una decisiva ruptura espiritual que aún hoy explica nuestro marasmo: por el momento en que tuvo lugar, ya que la tarea emprendida por los españoles en América requería un tiempo de maduración negado por los acontecimientos; y por las consecuencias que tuvo, al dar origen a un culto

castrador y una historia inventada, que dibuja la independencia, de manera falsa, como fuente de bienes inagotables. Esta última, sostiene Viso, es una manipulación “hecha de manera consciente y en gran escala por los hombres que han detentado el poder en Venezuela desde 1810 hasta la fecha, con la complicidad de los historiadores de más prestigio” (Viso, 1982: 19; 1991: 47, 55, 77, 95).

El análisis que hace el autor sobre la naturaleza del movimiento histórico que denominamos Independencia, no deja de presentar contradicciones. Por momentos, Viso atribuye a los hombres que lideraron el movimiento la voluntad de imponer una Patria por la fuerza, a través del engaño sobre la masa mayoritaria del pueblo; en otras ocasiones, no obstante, Viso observa la coyuntura independentista como un naufragio, no un acto deliberado, y también como el suicidio de un grupo dirigente y de todo un proyecto civilizatorio. En tal sentido, llega a afirmar que “nuestros libertadores no son tan responsables por lo que hicieron, pues buena parte de su conducta se originó en la desesperación”. Lo ocurrido, en todo caso fue un gran fracaso de la generación de nuestros próceres, al no haber ofrecido salida viable a nuestros países en el terreno decisivo de la organización de la sociedad y del gobierno. El producto de este cataclismo está a la vista: los países hispanoamericanos en general, y Venezuela en particular, son países inconclusos, repúblicas signadas por una “farsa grotesca”, por una historia de “naturaleza valleinclanesca y algo brechtiana” (Viso, 1982: 83-84, 90; 1991: 69, 73; 1997: 75).

Viso sostiene que nuestra historia es un reiterado fracaso, una sucesión de despropósitos que se desprenden de un nacimiento torcido. Para empezar, la independencia nos dio una Patria impuesta por la fuerza y un venezolano creado por decreto, contra lo que entonces deseaba la mayoría de la población. Si bien el desprendimiento de España era inevitable, no tenía por qué producirse del modo en que se produjo, ni generar las consecuencias que ha tenido. La independencia fue

Los indicadores de declinación de un pueblo están, ellos mismos, determinados y definidos culturalmente.

una “revolución terrible”, muy diferente a una revolución moderada o limitada como, por ejemplo, la norteamericana de 1776. La nuestra fue una revolución impuesta por una minoría únicamente interesada en separarse del poder español, e incapaz de promover un espacio interior para la libertad. La ruptura radical con el pasado, activamente perseguida por Bolívar, fue tan brutal y extrema que nos arrancó de raíz, de manera que cuando hoy volvemos el rostro al pasado lo que hallamos es un vacío, una nada. De allí nuestra perenne angustia por forjarnos una identidad, nuestro desasosiego espiritual, nuestra falta de anclaje psicológico, nuestra disgregación interior, y nuestra incesante búsqueda de algún mito fundacional, búsqueda a la que responde el culto a Bolívar, originado por la necesidad de “proveerse de un nuevo padre” (Viso: 1982: 43, 60, 102, 136, 142; 1992: 29; 1997: 17, 144-145).

No debe sorprender, entonces, que hallamos modificado veinticinco veces nuestra Constitución, y estemos aprestándonos, en 1999, a hacerlo de nuevo, en tanto que Estados Unidos preserva las reglas básicas de organización política que se dio en su primera y única carta fundamental de 1787. Esa compulsiva necesidad histórica de cambiar repetidamente lo que somos y queremos ser, trastocando continuamente instituciones esenciales para la existencia en común, pone de manifiesto una indecisión “en el centro mismo del ser y no en sus accidentes”. Estamos en perpetua flotación, enarbolando gestos rituales que desdeñan un pasado al que se desconoce y menosprecia, con excepción del episodio independentista luego elevado a religión cívica, y construyendo perennemente nuevas repúblicas aéreas, sin andamiaje en una tradición y sin sustento en las realidades del presente. Por todo esto, tampoco debe extrañar que nuestra historia sea una serie de fracasos repetidos, y que estemos inmersos en una desesperanzadora manera de vivir, sumidos en una especie de raquitismo espiritual: “No nos hemos recuperado todavía de los traumas ocasionados por aquellas luchas y, por otra parte, no hemos sabido qué hacer con la libertad y la igualdad tan duramente conquistadas” (Viso, 1982: 64, 93, 95, 136-137, 141-142).

Si suponemos que el diagnóstico que ofrece Viso se ajusta en alguna medida –y pienso que es así– a lo que hemos sido y seguimos siendo, es indispensable preguntarse: ¿qué nos resta entonces hacia adelante? ¿Qué está en nuestras manos hacer para superar el marasmo histórico al que pareciéramos condenados por un nacimiento insatisfactorio? Viso propone que aprendamos a ver descarnadamente y sin prejuicios la realidad; en particular, que volvamos el rostro hacia la independencia de modo diferente, con objetividad y sentido crítico, como preludeo para recuperar nuestra conexión psicológica con el pasado en su totalidad, incluyendo desde luego nuestro pasado colonial. Hay en Viso una inocultable añoranza por lo que pudo ser y no fue, con relación a los logros positivos que habrían sido capaces de alcanzar –hipotéticamente– las colonias españolas de América, si no se hubiese interpuesto la prematura y traumática independencia. Es lícito suponer, nos dice, que si la Colonia se hubiese prolongado por más tiempo sin que la conciencia de los

blancos criollos entrase en crisis, tal vez el elemento español habría logrado marcar su impronta en la población, asimilándola anímicamente, en tanto que la fusión racial se fuese consumando hasta el punto de un verdadero mestizaje, físico y espiritual. La revolución de 1810 decapitó ese proceso factible, cercenando el crecimiento de un nuevo tipo humano, "puesto a prueba anticipadamente, sin que hubiese concluido el trámite de españolización y cristianización integrales de nuestra sociedad" (Viso, 1997: 144).

La independencia, sin embargo, es un hecho irreversible, con todas sus consecuencias. ¿Qué se nos plantea entonces como pueblo? Viso enfatiza que el primer paso en el rumbo de superar el desgarramiento de nuestro ser dividido, entre un pasado trágico y un presente anémico, consiste en rescatar íntegramente ese pasado, "en el sentido de aceptarlo en la intimidad". Por un lado, debemos sustituir el merecido respeto a la gesta independentista por lo que hoy no es otra cosa que un culto esterilizador. Por otro lado, debemos entroncarnos con la España histórica, pues, "Sólo si rescatamos, *para nosotros*, el imperio del cual (una vez) formamos parte, dejaremos de proyectarnos como hombres de segunda clase..." Somos herederos de la derrota imperial de España, y debemos asumirla si aspiramos ponerle término. A partir de allí, nos toca conquistar una voluntad de dominio, una vocación inquebrantable de estar en primer rango, a la manera, por ejemplo, de pueblos como el alemán y el japonés, que luego de los desastres experimentados durante la Segunda Guerra Mundial fueron capaces, con orgullo nacional y tenacidad a toda prueba, de levantarse de las cenizas y colocarse otra vez a la vanguardia en el escenario internacional (Viso, 1982: 45-46, 143-145; 1992: 65, 80, 117, 135).

A partir de 1810, sostiene Viso, se extinguió en el país la voluntad de colonizar y poblar; se abandonó gran parte del territorio que aún hoy permanece virgen, y el ímpetu vital disminuyó radicalmente, con la breve excepción del tiempo de guerra. Tan poca conciencia ha tenido nuestro desmemoriado yo nacional de su propio espacio, que ni siquiera nos hemos ocupado de poblar y defender nuestras fronteras (Viso, 1982: 117; 1992: 46). ¿Cómo recobrar ese ímpetu? ¿Es tal meta factible? Las propuestas que hace el autor no son en modo alguno subestimables, mas las mismas se mueven en un plano de orden estrictamente espiritual. Los procesos de evolución en este terreno son normalmente muy largos, y su destino probable siempre impredecible. Se trata de procesos culturales que tocan aspectos cuyo hondo arraigo en la estructura psicológica de un pueblo exigen amplios períodos de maduración. Viso no aborda asuntos políticos o económicos de la actualidad venezolana, ni se compromete con fórmulas institucionales determinadas. Su diagnóstico se ubica en un plano diferente de nuestra existencia colectiva. Viso nos enfrenta con lucidez y crudeza a una historia marcada por la inestabilidad y el desarraigo, y a un presente en no pocos aspectos desolador. Pero cabe preguntarse: ¿cómo reconquistar creativamente el pasado, con el cual rompimos de modo tan inmisericorde?

No sólo nos encontramos, hoy, tan distantes como siempre de ese pasado histórico, sino que la visión heroica y acrítica de la independencia vuelve en nuestros días a prender en la imaginación popular, como suprema y casi única referencia de nuestro decurso sociopolítico, activamente promovida así desde el propio gobierno. A ello se suma la intensificación deliberada del culto a Bolívar, culto al que se procura colocar otra vez en el pedestal de una especie de religión cívica, con respuestas para todos los problemas actuales y venideros.

¿Qué nos queda entonces? ¿No era acaso la democracia, con tantos esfuerzos conquistada en 1958, el camino de avance hacia una reconciliación de nuestro ser con su pasado, su presente, y su porvenir? ¿Qué legado nos deja esa etapa reciente, a cuya lastimosa agonía hoy asistimos, y qué puede esperarse del futuro que apenas se vislumbra?

La Venezuela estéril

La percepción según la cual el sistema político inaugurado en 1958 ha culminado en un estrepitoso fracaso, se ha convertido en moneda corriente entre la opinión pública mayoritaria del país. Situados ante el umbral de un nuevo siglo, millones de venezolanos se sienten defraudados, angustiados ante la incertidumbre, y ansiosos de asirse a alguna tabla salvadora, no importan los riesgos que esta última pueda implicar en términos de un posible retorno al autoritarismo militarista. Una colectividad irritada y desencantada, se prepara a contemplar otro ejercicio de laboratorio en nuestra ya extensa trayectoria de reforma constitucional, en tanto que los actores políticos que por cuatro décadas tuvieron el control de las más relevantes decisiones, se esfuman como fantasmas, empujados fuera del juego por un huracán social, cuya verdadera magnitud y sentido final de dirección nadie parece todavía capaz de prever con aceptable claridad.

De esta convicción generalizada acerca del fracaso de la democracia puntofijista, transformada en renovada y momentánea ilusión de cambio para los sectores populares y sus nuevos conductores, no escapan los intelectuales. Y así como en 1936, la nueva etapa que se perfilaba repercutió sobre los espíritus más lúcidos con un mensaje pesimista o en todo caso escéptico, podríamos ahora decir que la percepción más extendida es la de que asistimos al fin de un proceso, a un desenlace hondamente perturbador y cargado de frustraciones, a una Venezuela en la que, en palabras de María Sol Pérez Schael, se ha perdido la fe en todo y de la cual desapareció el porvenir (Pérez Schael, 1997: 7, 8). El régimen político que en los años sesenta y setenta no pocos vieron con orgullo como un producto de exportación más, casi que a la par del petróleo, es hoy evaluado como una "parodia de democracia" y un "esperpento de organización social", y el curso entero del país, hasta llegar a esta coyuntura, como un fracaso tan obvio que casi no merece la pena discutir al respec-

*A partir de 1940
y hasta el presente,
el petróleo fue
"sembrado", aunque
no exactamente
en el sentido ansiado
por Uslar Pietri.
Esa siembra, que
por décadas contribuyó
a cambiar la faz del
país, modernizándolo
en muchos sentidos,
ha arrojado
finalmente resultados
que la sociedad percibe
como seriamente
insatisfactorios.
¿Qué pasó?*

to, pues la “Venezuela profunda” ha devenido en un “sistema organizado de inseguridad y violencia” (Pérez Schael, 1993: 198; 1997: 19, 196, 125, 128).

El análisis de la experiencia puntofijista, es de fundamental importancia para los efectos de este estudio. Fueron cuarenta años del siglo que culmina, durante los cuales, presuntamente, Venezuela se hallaba inmersa en la tarea de construir un Estado verdaderamente democrático, que armonizaría la reivindicación de la libertad de los individuos con el logro de la justicia social. Esa conquista histórica habría dado al traste con los pronósticos pesimistas que han predominado en

*En la Venezuela
de hoy, todos
nos proclamamos
demócratas, aunque
no pocos actúen
de modo escasamente
democrático.*

nuestra tradición intelectual. De allí que el revés sufrido por las expectativas que muchos albergaron durante los primeros tiempos de la democracia, no puede dejarse de lado, y el mismo requiere de cuidadosa consideración.

¿Por qué el fracaso de un régimen que por un tiempo despertó tantas esperanzas? De modo semejante al nacimiento del país en una ruptura traumática, el diagnóstico del proceso democrático pun-

tofijista, desde la perspectiva de algunos de sus más acuciosos investigadores, debe enfatizar las circunstancias de su nacimiento. No podemos perder de vista que la democracia que surge en 1958 fue el resultado de una serie de pactos políticos entre diversos actores, todos los cuales, y en mayor o menor medida, habían vivido las intensas confrontaciones del llamado “trienio adeco” de 1945-1948. Esta etapa se caracterizó por la radicalización de los conflictos y la división del país en bandos irreconciliables, proceso que eventualmente nos condujo a la reacción militar y a una larga dictadura.

La decidida voluntad de no repetir esas experiencias –las de una democracia radicalizada y una dictadura militar–, y de labrar un consenso mínimo entre los principales actores en el escenario nacional, explica los diversos acuerdos sobre los que se sustentó el nuevo régimen surgido en 1958, acuerdos que dieron forma a un cierto tipo de democracia, a un sistema político cuyo nacimiento estuvo signado por una sensación de vulnerabilidad extrema.

Semejante percepción de fragilidad, explica que los constructores de la democracia puntofijista hayan partido de una definición mínima de la misma, en el sentido de centrarse en establecer un conjunto de condiciones que favoreciesen la supervivencia del régimen. No se trataba de maximizar la democracia ni la probabilidad de concreción masiva de los valores con ella asociados, sino de maximizar la perdurabilidad de un mínimo satisfactorio de democracia (Rey, 1989: 266). La consecuencia de tal perspectiva fue la conversión de la democracia puntofijista en una democracia de élites, cuyo funcionamiento generaba poderosas tendencias desmovilizadoras y antiparticipativas, a través de la canalización de las demandas populares por unas pocas organizaciones “confiables”. De esta forma, y debido al temor de las élites hacia las masas, el Estado venezolano devino en un “Estado de partidos”, en una estructura de la cual se adueñaron esas pocas organizaciones, creando

una intrincada red de privilegios y complicidades, que a su vez motorizó una extensa maraña de clientelismo y corrupción.

Por otra parte, el monopolio de poder y participación ejercido por los principales partidos políticos, contribuyó a la esclerosis de una sociedad civil de por sí poco desarrollada en un país petrolero, en el que los gobiernos han actuado tradicionalmente como principal fuente de movilización social y económica. Esta situación, que en las primeras etapas del puntofijismo ayudó a fortalecer el régimen, se transformó paulatinamente en una de sus más graves patologías. De allí la aseveración de Pérez Schael, según la cual: “La impronta dejada para la historia por el pacto de Punto Fijo, fue la definitiva y absoluta exclusión del ciudadano de la vida política” (Pérez Schael, 1997: 101). Los que durante un tiempo fueron entendimientos para la convivencia democrática, se transmutaron en entendimientos hegemónicos, que redujeron “la complejidad democrática al *bien pensar* de pequeños grupos [...] y, en muchos casos, al libre arbitrio de unos cuantos” (Pérez Schael, 1997: 103), drenando así de contenidos la noción misma de representatividad del sistema político.

El puntofijismo, en síntesis, acabó por convertirse en un despotismo igualitario, generador de una servidumbre dulce y apacible: las élites sustituyeron al pueblo, en primer lugar, y en segundo término abdicaron su papel como conductoras, para hacerse simplemente beneficiarias de un orden hecho a su medida. La presencia del petróleo había convertido al Estado, desde los tiempos de Gómez, en el más poderoso agente económico del país, y con ello hizo de la actividad política el botín máspreciado, “la moneda de cambio y referencia única para todas las transacciones” (Pérez Schael, 1997: 33, 128-129). En este terreno germinó la segunda patología de la democracia puntofijista: el estatismo económico y el redistributivismo social, llevados a extremos tales que asfixiaron el potencial productivo de una colectividad parasitaria, cuya mentalidad rentista ha soportado todos los embates de una ya prolongada crisis. Los venezolanos sabemos que el dinero petrolero es del Estado, “y como el Estado es de todos, el pueblo es rico” (Pérez Schael, 1997: 49). Si nuestra realidad concreta es la de una cada día creciente pobreza, la razón no puede ser otra –de acuerdo al esquema descrito– sino el hurto ejecutado por unos pocos: las élites tradicionales, hoy execradas por una masa irredenta que reclama salvación y castigo.

El paroxismo de estas patologías se materializó entre 1989 y 1998. En aquel año, la población puso de manifiesto su total indisposición para admitir el agotamiento del modelo económico rentista-populista, que ya durante la década de los ochenta se había traducido en una caída sin precedentes de los ingresos promedio reales de los trabajadores del país. Los violentos motines de febrero del 89 pusieron sobre aviso, a quienes tuvieron ojos para ver, que a las reformas modernizadoras les aguardaba un angustioso destino en Venezuela. Más adelante, en diciembre de 1998, y como resultado de la indetenible descomposición del régimen político y su

correlato económico, ascendió a la Presidencia de la República el principal protagonista de un violento golpe de Estado, un líder carismático que, por los momentos, parece encarnar todas las ansiedades y paradojas propias de una masa social que dice aspirar cambiarlo todo, cuando en realidad lo que busca es retornar a los tiempos en que el populismo redistributivista fue capaz de extender sus tentáculos sobre las diversas capas de la población. Fueron aquellos tiempos en los cuales se generó el más intenso ritmo de movilidad social ascendente de nuestra historia, y ello, cabe recordarlo, tuvo lugar bajo la hoy tan cuestionada democracia puntofijista. El recuerdo de esa etapa de avance socioeconómico, a pesar de todo, no ha perecido aún.

Pérez Schael, al igual que Viso, no abriga duda alguna de que hemos fracasado, y se muestra perpleja ante el “gran misterio” que se deriva de la siguiente constatación: “cómo, habiendo invertido el inmenso volumen de ingresos derivados del petróleo, obtuvimos míseros beneficios” (Pérez Schael, 1993: 205-206). El atolladero en que se encuentra Venezuela en este fin de siglo no luce susceptible de salidas fáciles. No cabe por tanto sorprenderse de que las propuestas que formula la autora rehúyan terrenos demasiado específicos, para situarse también en el plano de la cultura política y su necesaria transformación a largo plazo. Su principal sugerencia se deriva de lo que considera la “miseria cognoscitiva”, mala conceptualización de la realidad, y evasión de la misma que nos caracterizan. Al tratar de escapar de la realidad que tenemos ante nosotros, no podemos capacitarnos para enfrentarla (Pérez Schael, 1993: 95, 167, 198). Podemos deducir, en consecuencia, que el desafío fundamental para nuestra sociedad consiste en asumir el imperativo de un cambio espiritual a fondo, que sólo podría concretarse a largo plazo. Es difícil extraer de sus escritos recomendaciones más concretas en materia económica y político-institucional. Su caso, por lo demás, no es único. La reflexión de nuestros pensadores este fin de siglo se mueve primordialmente en el plano de la crítica a una condición cultural, es decir, a una *enfermedad de nuestra cultura cívica en general*, en la que juegan papel clave las consideraciones sobre la mentalidad rentista de liderazgo y población por igual, y nuestra fascinación por “fabular paraísos imposibles” (Pérez Schael, 1997: 20).

Sus conclusiones no podrían ser más desalentadoras: estamos, desde una perspectiva etnosiquiátrica, enfermos como grupo social, tanto por el “rechazo alucinante de lo real”, como por la “ausencia de imaginación colectiva en el estupor alucinado por lo real” (François Laplantine, citado en Pérez Schael, 1993: 212-213).

El fracaso nacional que describe la autora obliga finalmente a preguntarse: si no era la modernidad nuestro destino, ¿cuál es entonces? ¿Si no hubiésemos tenido petróleo, experimentaríamos en lo profundo de nuestro espíritu la aguda sensación de fracaso que hoy invade a muchos? ¿No fue precisamente el hecho de poseer petróleo lo que infló desmesuradamente nuestras expectativas, que contrastan ahora de manera tan cruel con nuestra realidad? Tal vez nos vemos en medio de un

fracaso permanente, porque las ilusiones que el petróleo ha sido capaz de generar, jamás armonizarán plenamente con nuestros logros.

¿Las ilusiones perdidas?

No deja de ser tristemente irónico que uno de nuestros más destacados historiadores, Germán Carrera Damas, haya producido estos pasados cuarenta años un importante conjunto de obras, orientado a demostrar la “larga marcha” venezolana hacia la democracia, sólo para encontrarse, a fin de siglo, con la penosa agonía del puntofijismo y sus impredecibles consecuencias. El aporte de este autor, ejemplifica los riesgos de toda filosofía de la historia que presume una direccionalidad predeterminada –una teleología– para el curso de los eventos sociopolíticos. En su caso, se trata de una concepción de la historia con palpables raíces hegeliano-marxistas.

Para Hegel, como es sabido, la razón rige al mundo y la historia transcurre *racionalmente*; en los acontecimientos de los pueblos domina un fin último, que no es otro que “el progreso en la conciencia de la libertad”. La historia adquiere conciencia de sí misma en el plano del espíritu, y “los pueblos son el concepto que el espíritu tiene de sí mismo”. Ahora bien, en el transcurso de la historia universal, y mediante las acciones de los hombres, surge algo más de lo que ellos se proponen y alcanzan, algo distinto de lo que ellos saben y quieren inmediatamente: “Los hombres satisfacen su interés; pero, al hacerlo, producen algo más, algo que está en lo que hacen, pero que no estaba en su conciencia ni en su intención”. Dicho en otros términos, aunque el objetivo no sea consciente ni buscado de modo deliberado, el avance de la historia se orienta inexorablemente hacia esa meta; la “astucia” o “ardid” de la razón asegura que el curso de los eventos, más allá de lo que en determinadas circunstancias los hombres crean estar haciendo y más allá de lo que parezca que hacen, se encamina a cumplir esa racionalidad esencial de la historia. (Hegel, 1997: 42-43, 65, 68, 85, 97).

Para Carrera Damas, también, la historia tiene una racionalidad, y su reloj se atrasa y se adelanta en diversas coyunturas, pero sin que se pierda el rumbo esencial (Carrera Damas, 1983: 155). La historia de Venezuela, en particular, es una larga marcha hacia la democracia, cuyo destino final será la conformación del país como una genuina sociedad democrática (Carrera Damas, 1998: 3, 59; 1995: 157). En este esquema, sucesos tales como, por ejemplo, el proceso de reforma del Estado de los años ochenta, se inscriben “en una línea de necesidad histórica” y dentro de “un curso histórico claramente fijado” (Carrera Damas, 1988: XVI, 27). El camino de avance es indetenible, a pesar de los obstáculos y tropiezos y de los posibles atrasos del reloj histórico, pues se trata de un rumbo garantizado por su racionalidad subyacente. La vida de un pueblo es, entonces –y en la más pura tradición hegeliana–, su ser histórico y el conocimiento de ese ser histórico, con lo cual se logra “la unifi-

**¿Hemos fracasado
como país?
La pregunta es tan
dura, tan enervante,
que difícilmente
puede dársele
una respuesta
unívoca y definitiva.**

cación absoluta y activa del pasado y del presente en un constante devenir". El espíritu de nuestro pueblo sería la formación de la conciencia nacional, y su firme adquisición significa la definitiva estructuración histórica, "porque un pueblo en posesión de tal forma de conciencia podrá ser sojuzgado pero jamás destruido. Tarde o temprano [...] triunfará de la opresión, y la vida del pueblo reanudará su curso..." (Carrera Damas, 1986: 196-197).

No obstante, ¿cómo estar seguros de ello? ¿No muestra acaso la historia que numerosos pueblos han desaparecido simplemente, o han sido sojuzgados y ani-

***La tradición pesimista
en nuestra
historia intelectual
no es homogénea.***

quilados como civilizaciones autónomas, como ocurrió a incas, mayas, y aztecas, para sólo citar tres casos? ¿Qué decir de las "limpiezas étnicas" que hemos observado más recientemente en los Balcanes? Según Carrera Damas, nuestra historia puede no haber seguido una línea recta, constantemente progresiva en su

curso, pero sí en su resultado (Carrera Damas, 1995: 163). De nuevo: ¿cómo estar seguros de semejante resultado "progresivo" en el futuro? ¿No se encuentra actualmente Venezuela en una situación tal que permite, con sólidas razones, que se susciten dudas acerca de la perdurabilidad de un régimen democrático? ¿Es acaso absurdo contemplar siquiera la posibilidad de que se entronice en el país una larga dictadura, o un régimen híbrido del tipo que algunos politólogos llaman "democracia autoritaria"? ¿Qué puede garantizarnos vivir para siempre en libertad? No hemos acaso estado la mayor parte de nuestra historia independiente bajo el yugo de gobiernos de fuerza?

Desde luego, el concepto hegeliano de "astucia de la razón" permite superar todo obstáculo, e interpretar la historia como expresión de un destino inevitable, pues a través del mismo cabe atribuir aun los más severos reveses al desarrollo oculto de esa línea progresiva, y verles como ardidés de la razón subyacente a la marcha de los acontecimientos. Eso es precisamente lo que hace Carrera Damas cuando, por ejemplo, analiza los eventos que han sacudido al país entre 1989 y 1998. A su modo de ver, los golpes de Estado, los motines masivos, el nuevo militarismo, no son otra cosa que un frente de tormenta generado por los propios logros y características de nuestra larga marcha democrática. En otras palabras, ese cuadro de dificultades pone de manifiesto procesos de cambio "que son parte orgánica de un proyecto de democratización y modernización profundas de la sociedad" (Carrera Damas, 1998: 66-67). Repito: ¿cómo saberlo, cómo estar seguros de ello? ¿No podríamos quizás estar viviendo el preludio de un descenso al autoritarismo político, al fin de la democracia representativa, a la conformación de un modelo de cesarismo democrático muy alejado de las estipulaciones de lo que Carrera Damas denomina el Proyecto Nacional, enfocado a instaurar el Estado republicano, representativo y liberal? (Carrera Damas, 1998: 31).

Según el autor, quien durante buena parte de su carrera intelectual se ha ubicado teórica y metodológicamente dentro del cauce marxista, ese Proyecto Nacio-

nal ha sido, históricamente, función del desarrollo y consolidación de la clase dominante venezolana. Sostiene Carrera Damas que nuestra historia independiente puede explicarse en no poca medida como el producto de las actividades de esa clase, orientadas a preservar y fortalecer su poder social. Por un lado, el autor destaca la debilidad de la clase dominante, numéricamente escuálida, dividida, y oscilante en lo ideológico entre un “optimismo lírico” y un “pesimismo sistemático”. Por otro lado, sin embargo, esa misma clase es presentada como la ejecutora de un masivo plan de manipulación ideológica sobre la población a lo largo de décadas, forjadora de una “trampa”, que nos impide “pensar nuestra sociedad organizada en otra forma que no sea el proyecto nacional de la clase dominante”. Aun la ideología igualitaria es vista como herramienta hábilmente manejada por la clase dominante, con el propósito de “desalentar trastornos del orden social”. Algo semejante ocurre con la visión heroica de la independencia, el culto a los próceres y en particular a Bolívar. Al igual que Viso, Carrera Damas los interpreta como otra treta de la clase dominante, como un instrumento adicional de manipulación, con el cual procura suplir la ausencia de una teoría de su dominio, mediante “la apropiación de una suerte de destino histórico, como fundadora, creadora, y de hecho usufructuaria de la nacionalidad, al amparo de la invocación bolivariana...” (Carrera Damas, 1980: 75, 77, 87 107, 208; 1986: 20, 203, 245).

Si bien es difícil armonizar una constatación de debilidad con una presunción tan intensa de poderío por parte de esa clase, no es menos fácil reconciliar esa supuesta fortaleza histórica de la clase dominante, con una idea del pueblo venezolano como ente capaz de asumir su destino y actuar con autonomía moral y política. Dicho de otra manera, y en crítica a las concepciones de Carrera Damas, si el pueblo venezolano ha permitido que una clase dominante intrínsecamente débil la haya manipulado y controlado por tanto tiempo, ¿qué se puede esperar entonces de su presente y porvenir? Creo además legítimo abrigar dudas acerca de la existencia, de modo orgánico y coherente, de semejante clase dominante en la historia venezolana, muy en especial durante la ya larga etapa petrolera, cuando el predominio económico del Estado ha ejercido tan decisiva influencia en todos los órdenes de nuestra existencia colectiva, sobre todo en materia económica. Sería errado confundir la posición privilegiada de algunos apellidos más o menos tradicionales en la escala social en diversos momentos de nuestro devenir, o aun la riqueza personal de determinados individuos o grupos, con la realidad de una clase dominante en efecto capaz de ejercer la hegemonía política e ideológica sobre el conjunto de la sociedad. Calificar, de paso, a intelectuales como Briceño Iragorry, Caracciolo Parra Pérez, y Augusto Mijares, como “representantes ideológicos y culturales de la clase dominante” (Carrera Damas, 1980: 34) parece un tanto exagerado, sobre todo si tomamos en cuenta –como he intentado mostrar en este ensayo– que en nuestros intelectuales han nutrido serias interrogantes acerca de la eventual realización del llamado Proyecto Nacional enarbolado por esa clase.

Es de hacer notar que la reflexión de Carrera Damas experimenta, a partir aproximadamente de mediados de los ochenta, una atenuación del elemento marxista, sin que se diluya su hegelianismo. Hasta 1980, el autor hacía énfasis en la profundización de los “contenidos socialistas” de la democracia, y cuestionaba el “espejismo liberal” (Carrera Damas, 1980: 178-179, 187-189). Esta postura ideológica se moderó más adelante, y ya en 1998 le hallamos en trance de cuestionar la perversión del principio igualitario en nuestra democracia, así como el populismo redistributivista (Carrera Damas, 1998: 52, 60). Su diagnóstico de la actual situación venezolana insiste sobre lo que denomina el vacío de poder social o quiebra de la autoridad de la clase dominante, que en unión a los gestores del poder político constituye la clase dirigente del país. En segundo lugar, Carrera Damas enfatiza “la acentuada desorientación ideológica”, que ve reforzada por la crisis del socialismo: “Esta última ha privado a la sociedad de una fuente de normativas éticas y políticas que, si bien eran reiteradamente violadas por los mismos que las proponían, servían de puntos de referencia al conjunto de la sociedad” (Carrera Damas, 1998: 65-66).

Llama la atención este análisis, ya que, como sostuve previamente, cuesta trabajo identificar con alguna precisión a los rectores del poder social en Venezuela; y el hecho de que el autor señale la crisis del sistema financiero de los años 94-97, como un evento que dañó seriamente “la capacidad de ofrecer orientación social, de quienes han venido ejerciendo de rectores del poder social”, sugiere cierto desconocimiento con respecto a algunos aspectos de la realidad sociopolítica venezolana de estos tiempos. Buen número de los principales protagonistas de esa crisis financiera, fueron personas a las que sólo con dificultad podría atribuírseles el ejercicio de un poder social en el país, a pesar de la posición económica que detentaron. En cuanto a los gestores del poder político, estos últimos sí han sufrido un serio desprestigio, mas la agonía del puntofijismo ha abierto las puertas al ingreso de un nuevo grupo al mando del gobierno y del Estado. Por último, las referencias del autor a la “desorientación ideológica” de nuestra sociedad pudieran ser ciertas, aunque no creo que tal confusión sea en lo fundamental atribuible a la crisis global del socialismo. A decir verdad, el debate político en la Venezuela contemporánea se ha desideologizado gravemente, y sólo resta una confrontación, no siempre clara o explícita, entre la tradicional propuesta del estatismo populista, y una opción modernizadora inadecuadamente articulada.

Carrera Damas ha argumentado que los intelectuales de este momento nacional “perdimos el rumbo y nos dedicamos a señalar culpables antes que a estudiar situaciones” (Carrera Damas, 1998: 63). En algunos casos, esa aseveración corresponde a la verdad, pero no en todos. Es lamentable que distinguidos hombres de pensamiento hayan puesto de manifiesto tan singular miopía en el análisis de los eventos de años recientes, hasta el punto de perder de vista, por ejemplo, que las reformas económicas que intentaron implementarse, no fueron producto del capri-

cho de unos “neoliberales de gabinete” (Rey, 1993: 81), sino del innegable agotamiento del modelo rentista-populista para solventar la gigantesca crisis venezolana, alimentada por ese modelo mismo. Más grave aún ha sido la actitud justificatoria de los golpes de Estado de 1992, asumida por intelectuales (Rey, 1993: 99, 195; Uslar Pietri, 1992: 48-49, 73, 88, 114 119, 122; Liscano, 1992: 19, 34, 36-37, 42, 49, 55) y políticos (Caldera, citado en Romero, 1994: 36-38). No es nada novedoso en nuestra historia contemplar a los intelectuales hundidos en un pantano de confusión, y a los políticos en otro de oportunismo. Lo peculiar, esta vez, tiene que ver con la magnitud de lo que ha sido puesto en juego, luego de cuarenta años de democracia, y a pesar de todas las carencias de esta última.

Si bien el optimismo hegeliano de Carrera Damas contrasta con el extendido escepticismo de otros, lo cierto es que resulta muy difícil, sino imposible, escudriñar con alguna seguridad el sentido final de los tormentosos acontecimientos que todavía sacuden a nuestra sociedad este fin de siglo, acontecimientos que no necesariamente presagian cambios positivos para nuestro convulsionado país.

El nuevo siglo mesiánico

¿Hemos fracasado como país? La pregunta es tan dura, tan enervante, que difícilmente puede dársele una respuesta unívoca y definitiva. Lo que no puede negarse, y así he intentado mostrarlo en estas páginas, es que un núcleo importante de nuestra intelectualidad ha percibido con inequívoco pesimismo nuestro proceso histórico durante el siglo que ahora culmina, y ha enjuiciado con severidad crítica nuestro desempeño en la tarea de construir una nación en la que imperen, de manera estable, la democracia, la libertad, y la prosperidad de la mayoría.

El objetivo de este ensayo no ha sido otro que el siguiente: poner de manifiesto la continuidad de ese estado de espíritu, caracterizado por el desaliento acerca de los logros de una nación que, aparentemente, se ha trazado objetivos que desbordan, al menos hasta ahora, sus energías y capacidades sociopolíticas. No he pretendido sostener que no hay diferencias entre los diversos autores acá comentados; y como constatamos, no todos participan de una visión desesperanzadora de nuestra condición. No he tenido, por tanto, el propósito de argumentar que no han existido y existen puntos de vista divergentes sobre nuestro devenir, en el complejo panorama de ideas de la Venezuela del siglo XX. He querido tan sólo dar cuenta de la creencia clave que comparte un grupo muy destacado entre nuestros intelectuales, creencia según la cual algo fundamental ha marchado muy mal con la sociedad en que les ha tocado vivir. Esa creencia, y la angustia que de la misma se desprende, se han encontrado en el centro de mi indagación.

Un tema estrechamente vinculado al anterior es éste: ¿qué contribución puede haber hecho el análisis articulado por los intelectuales, y el modo como han reac-

*¿No era acaso la
democracia, con tantos
esfuerzos conquistada
en 1958, el camino
de avance hacia
una reconciliación
de nuestro ser con
su pasado, su presente,
y su porvenir?*

cionado ante los eventos, en la acentuación del proceso de decadencia que describen? Si bien esta última es una interrogante legítima, la misma desborda el limitado marco del presente estudio. No obstante, me atreveré a esbozar dos planteamientos: en primer término, estoy persuadido de que la influencia de la intelectualidad venezolana sobre el curso de los sucesos políticos del país, ha sido siempre de poca monta. La relevancia que la reflexión a ese nivel ha tenido se ubica más bien en el terreno de lo testimonial. En segundo lugar, los intelectuales, en lo esencial, han actuado como traductores de más amplias palpitaciones de la psicología

colectiva; no han sido primordialmente creadores de estados de espíritu, sino canales a través de los cuales esas actitudes y concepciones sociales se han manifestado.

En ese orden de ideas, conviene señalar la singularidad del horizonte político y psicológico que se perfila en la Venezuela de fin de siglo, en cuanto a la palpable brecha que se está abriendo entre, de un lado, una intelectualidad crecientemente aislada y básicamente crítica del rumbo que toman los hechos, y de otro lado una

población, y una nueva dirigencia, mayoritaria y entusiastamente volcadas sobre un sendero de incierto destino. Pareciera que la sociedad, y buen número de sus intelectuales, han optado por separarse cada día más. Así, vemos cómo se amplía la distancia entre, por una parte, el fervor popular y la confianza restaurada de la novel dirigencia, y por la otra, el reiterado pesimismo e inocultable escepticismo de no pocos de nuestros hombres y mujeres de pensamiento. Queda abierta la interrogante acerca del significado de este hecho para el porvenir venezolano.

En otro lugar de este ensayo, mencionábamos que los indicadores de declinación de un pueblo están, ellos mismos, determinados y definidos culturalmente. Las sociedades establecen sus metas de acuerdo con sus valores y percepciones predominantes. En tal sentido, dos factores han jugado un papel crucial en la definición de nuestros objetivos como sociedad: la escogencia de la Independencia como paradigma de nuestro pasado, y la presencia del petróleo en nuestra historia moderna. Ambos han actuado conjuntamente en la creación de grandes expectativas y ambiciosos propósitos, que tercos y lamentables sucesos han venido frustrando recurrentemente. Venezuela pareció a muchos, sobre todo durante la década de la mayor bonanza petrolera, una sociedad condenada al éxito. Los dolorosos encuentros de la población con una realidad muy alejada de sus esperanzas, han dado origen al agudo malestar que se ha apoderado de nuestra sociedad este fin de siglo. La extrema dependencia petrolera que aún nos caracteriza, la incapacidad para generar nuevas fuentes de riqueza, el empobrecimiento generalizado de la población, el desprestigio y erosión de las instituciones democráticas tradicionales y de su liderazgo, y la tendencia a refugiarnos en una visión estrecha y cuasi-parroquial de nuestros problemas, aislándonos del contexto internacional que nos rodea o intentando minimizar su peso, conforman un contexto escasamente alenta-

***¡Casi dos siglos
no han sido suficientes
para concedernos
un mínimo
de seguridad acerca
de nuestra solidez
espiritual
como demócratas!***

dor hacia el futuro. El país, sin embargo, pareciera estar dando origen a una nueva vitalidad política, mas no queda claro qué dirección puede tomar ese renovado fervor, y tampoco hasta qué punto se trata de un espejismo pasajero, de una extraña mezcla de ilusión y realidad.

Pienso que para cualquier observador desapasionado, la Venezuela que arriba al umbral del siglo XXI ofrece un ejemplo, particularmente ilustrativo y doloroso, de una sociedad que no logra responder adecuadamente a los desafíos planteados por sus entornos externo e interno, así como por su propia concepción de sí misma, y por ello paga el precio de la pobreza masiva de su gente, la persistente crisis económica, y la tendencia al mesianismo político. El nuevo esquema de relaciones internacionales, posterior al fin de la Guerra Fría, exige de las sociedades que valoran la libertad y la prosperidad material esforzarse intensamente en los campos de la productividad y la competitividad, lo que a su vez reclama visión a largo plazo y hondas reformas educativas. Adicionalmente, la evidente imposibilidad del esquema económico petrolero-rentista para propiciar el avance socioeconómico de los venezolanos, no deja espacio para dudas acerca del imperativo del cambio hacia la modernidad. No son éstos, no obstante, los retos que percibe la mayoría ni a los que concede prioridad su dirigencia, ocupada como está esta última de dirimir la hegemonía política mediante nuevos experimentos de reforma constitucional.

En conclusión, numerosos indicios sugieren que seguimos atrapados en medio de la miseria del populismo; y resulta difícil, desafortunadamente, tener verdadera confianza en nuestra capacidad para escapar ilesos de sus mitos.

BIBLIOGRAFÍA

- BAPTISTA, A. y B. MOMMER (1987): *El petróleo en el pensamiento económico venezolano*, Caracas, Ediciones IESA.
- BAPTISTA, A. (1989): "¿En qué medida se ha sembrado el petróleo?", en *Hacia la Venezuela post-petrolera*, vol. I, Caracas, Academia Nacional de Ciencias Económicas.
- BETANCOURT, R. (1956): *Venezuela: Política y petróleo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1959): *Posición y doctrina*. Caracas: Editorial Cordillera.
- BOLÍVAR, S. (1981): *Escritos políticos*, Madrid, Alianza Editorial.
- BRICEÑO-IRAGORRY, M. (1980): *Mensaje sin destino*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- CARRERA DAMAS, G. (1975): *Validación del pasado*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela.
- (1980): *Una nación llamada Venezuela*, Caracas, Edición de la Dirección de Cultura, UCV.
- (1983): *Jornadas de historia crítica*, Caracas, Ediciones de la Biblioteca, UCV.
- (1986): *Venezuela: Proyecto nacional y poder social*, Barcelona, Editorial Crítica.
- (1988): *La necesaria reforma democrática del Estado*, Caracas, Grijalbo.
- (1998): *La larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia*, Caracas, Fondo Editorial de la Contraloría General de la República.
- ELLIOTT, J. H. (1989): *Spain and its World, 1500-1700*, New Haven and London, Yale University Press.
- HEGEL, G. W. F. (1997): *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza Editorial.
- HELLER, A. (1994): *El hombre del renacimiento*, Barcelona, Ediciones Península.
- KISSINGER, H. A. (1973): *Un mundo restaurado*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LISCANO, J. (1992): *Los vicios del sistema*, Valencia, Vadell Editores.
- MIJARES, A. (1952): *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, Madrid, Afrodisio Aguado, S.A.
- (1967): *La evolución política de Venezuela. 1810-1960*, Buenos Aires, EUDEBA.
- PÉREZ ALFONZO, J. P. (1971): *Petróleo y dependencia*, Caracas, Síntesis Dosmil.
- (1976): *Hundiéndonos en el excremento del diablo*, Caracas, Editorial Lisbona.

- PÉREZ SCHAEEL, M. S. (1993): *Petróleo, cultura y poder en Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- (1995): "Democracia, ética y libertad. Hipótesis para analizar el caso venezolano", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, núm. 2-3 (abril-septiembre).
- (1998): *El excremento del diablo*, Caracas, Alfadil Ediciones.
- PICON SALAS, M. (1940): 1941. *Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*, Caracas, Editorial La Torre.
- (1959): *Regreso de tres mundos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- PLAZA, E. (1996): *La tragedia de una amarga convicción: historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936)*, Caracas: Edición de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, UCV.
- REY, J. C. (1989): *El futuro de la democracia en Venezuela*, Caracas, IDEA.
- (1993): "La crisis de legitimidad en Venezuela y el enjuiciamiento y remoción de Carlos Andrés Pérez de la Presidencia de la República", *Boletín Electoral Latinoamericano* (enero-junio).
- ROMERO, A. (1994): *Decadencia y crisis de la democracia*, Caracas, Editorial Panapo.
- (1997): "Rearranging the Deck Chairs on the Titanic: The Agony of Democracy in Venezuela", *Latin American Research Review*, vol. 32, núm. 1.
- (1998): *Estudios de filosofía política*, Caracas, Editorial Panapo.
- UGALDE, L. (1994): "Introducción", en *Encuentro y alternativas. Venezuela 1994*, tomo I, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello.
- USLAR PIETRI, A. (1953): *Obras selectas*, Madrid, EDIME.
- (1962): *Un retrato en la geografía*, Buenos Aires, Editorial Losada.
- (1964): *Estación de máscaras*, Buenos Aires, Editorial Losada.
- (1968): *Las vacas gordas y las vacas flacas*, Caracas, Ediciones del Concejo Municipal del Distrito Federal.
- (1989a): ¿"En qué medida se ha cumplido el vaticinio?"", en *Hacia la Venezuela post-petrolera, vol. I*, Caracas, Academia Nacional de Ciencias Económicas.
- (1989b): "Epílogo de 1985", en *De una a otra Venezuela*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- (1992): *Golpe y Estado en Venezuela*, Bogotá, Editorial Norma.
- (1994): *Del cerro de plata a los caminos extrañados*, Bogotá, Editorial Norma.
- (1995): "La identidad nacional", *Seguridad y Defensa*. Temas del IAEDEN, núm. 9.
- VALLENILLA LANZ, L. (1990): *Cesarismo democrático*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- VISO, A. B. (1982): *Venezuela: identidad y ruptura*, Caracas, Alfadil Ediciones.
- (1991): *Memorias marginales*, Caracas, Monte Ávila Editores.
- (1997): *Las revoluciones terribles*, Caracas, Grijalbo.